

# Palmira y el efecto crisálida

GISELA POU

Ilustraciones de Francesc Rovira





# **Palmira y el efecto crisálida**



Gisela Pou

# **Palmira y el efecto crisálida**

**edebé**

Título original: *Palmira i l'efecte crisòlide*

© Texto: Gisela Pou, 2019

© Ilustraciones: Francesc Rovira

© Traducción: Anna Carreras

© Ed. Cast: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

*Diseño de la colección:* Book & Look

1.<sup>a</sup> edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4051-7

Depósito legal: B. 24761-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*«Entonces no lo sabía, pero mi destino estaba escrito en aquel minúsculo trozo de papel. El nombre de un país abrió la puerta y escuché las voces de los que lo habían perdido todo».*



## ¡Desastre de trabajo!

La voz de Clemente retumba por la clase como si fuera un duende travieso que salta de una pared a otra. Desde siempre, las voces toman forma dentro de mi cabeza y no solo las oigo, sino que también las veo. La voz de papá son las flores blancas de la magnolia que tiene en el *garden*; la de mamá, insistente y firme, un castillo en la cima de una montaña; y cuando me habla Viena, mi hermana, veo una ola gigante que se me echa encima decidida a ahogarme.

Clemente, el profe de sociales, con una sonrisa en los labios, va y nos suelta:

—He puesto los nombres de veinte países en esta caja. Os tocará uno al azar y vuestro trabajo consistirá en buscar información, in-



vestigar y trabajar lo que os interese del país en cuestión. Yo mismo realizaré un seguimiento exhaustivo del trabajo y, una vez lo hayáis terminado, lo expondréis en clase.

Una idea tan estúpida solo puede tenerla Clemente, un tipo alto como un pino, con nariz de patata y un pelo negro, largo y rizado que se retira de la cara con un turbante de colorines. Nadie se queja, a todos les parece una idea superestupenda, y yo me muerdo la lengua para evitar soltar que Clemente tiene un morro que se lo pisa. Cuando él dice investigar, significa: «Haced lo que os dé la gana». Nunca me he atrevido a decírselo a nadie, pero echo de menos las clases de Casilda, esa mujer minúscula que nos miraba con cara de perro y hablaba apasionadamente sobre las civilizaciones antiguas.

Clemente se planta delante de mí y agita la caja. Hundo la mano con la sensación de que me adentro en un nido de alacranes. Saco un papelito, y tardo un poco en desdoblarlo. Mientras, Frederica y Greta,



mis mejores amigas, saltan de alegría. Yo aprieto el papelito contra la palma de mi mano, intuyo que la palabra que hay escrita en él me obligará a ver el mundo desde otra perspectiva.

—Palmira, ¿qué país tienes? —pregunta Frederica mirándome fijamente con sus ojos verdes llenos de curiosidad.

Frederica es dulce, tímida y ultrasensible. No habla para no ofender y, cuando lo hace, su voz es una tarta rellena de cabello de ángel.

No tiene sentido esperar más. Desdoblo el papel lentamente y leo el nombre de un país que está a punto de desaparecer.

—Siria —digo con un hilo de voz.

Greta y Frederica me miran con una actitud seria, como si me dieran el pésame.

\*\*\*\*

A Frederica le ha tocado Noruega y a Greta, Italia. Cuando preguntan a Sergio Camps

qué país tiene, él nos mira a las tres con ese gesto de «yo-lo-sé-todo, yo-soy-el-mejor» y se niega a responder. Greta se le echa encima para arrebatarse el papel, pero Camps, ágil como una víbora, se mete el papel en la boca y se lo traga como si fuera un bombón de chocolate.

—¡Lo sabréis cuando llegue el momento! —exclama Camps mientras alza las cejas, y se larga con aire misterioso.

Sergio Camps y yo vivimos frente por frente en el rellano de la escalera y hasta hace un par de años éramos amigos inseparables, pero esa amistad que creíamos eterna se hizo añicos y pasamos de ser grandes amigos a ser enemigos y rivales. Por decirlo lisa y llanamente: no podemos ni vernos. Ni él a mí, ni yo a él.

Conseguir ser mejor que Camps, más que un reto, es una necesidad. Cada vez que me gana en algo me sale urticaria. Mi madre no para de repetir que nuestra rivalidad no puede terminar bien. Ya se sabe que las ma-

dres son pesadas y la mía, que es abogada, está convencida de que las palabras son las mejores armas. Papá es más tranquilo y suele dejarme a mi aire; pero en esto de Camps está de acuerdo con mamá. Debo decir que, por mi parte, me he propuesto hacer las paces con él un montón de veces. Me trago el amor propio, me acerco a él decidida a sacar la banderita blanca y volver a empezar, pero de sopetón aparece una fuerza que me empuja a competir con él.

—¡Palmira, palmera, palmerita! —canta Camps a voz en grito.

Yo finjo que me resbala, que incluso me hace gracia; pero detrás de mi sonrisa se esconden unas inmensas ganas de estrangularle.

Siempre he odiado mi nombre. ¡No entiendo por qué mis padres me pusieron un nombre de anciana! Ellos se justifican diciendo que eligieron para sus hijas los nombres de las ciudades más bonitas del mundo: Viena y Palmira.

Mi hermana, cuando me quejo de tener un nombre tan raro, me dice que peor habría sido si mis padres se hubieran enamorado de Palencia, de Pontevedra o de Pamplona.

\*\*\*\*

Hoy Camps ha dejado de ser mi máxima preocupación y ahora el trabajo sobre Siria es mi mayor problema. Doy vueltas y más vueltas, pasan las horas y no consigo visualizar de qué modo enfocar el trabajo. Siria es un país en guerra desde hace años. Llueven bombas, las ciudades están en ruinas y la gente huye de allí; y yo, desde mi casa, veo la tele y soy testigo del drama con el estómago encogido, pero, como no puedo hacer nada, al día siguiente me olvido.

He hecho una lista de mil maneras diferentes de enfocar el trabajo y en todas sale la palabra «guerra»:

- ¿Cómo era Siria antes de la guerra?
- ¿Por qué causas empezó la guerra?
- ¿De qué modo viven la guerra los niños de Siria?
- ¿Por qué razón la guerra no termina?

La releo, y ninguna de las preguntas me convence. ¡Me gustaría ofrecer a mis compañeros una experiencia única, y sobre todo quiero que Sergio Camps se quede con la boca abierta y se trague su cancioncita de las narices!